

En los pueblos hay siempre un vecino gordo y rico, que es el más caritativo de la comarca —no tanto porque tenga mejor corazón que los otros, sino porque sus negocios se lo permiten. Este vecino ha hipotecado casas, adquirido tierras, ganado prestigio. La autoridad local le debe dinero, el ayuntamiento quiere que lo presida. Ni le cobra a aquélla ni se cree pagado aceptando regir éste. Sabe que sólo buscan su dinero, su influencia, su fuerza; y que esta fuerza la lleve en sí y que nada ni nadie puede desconocerla ni mermarla. Sólo que de tanto generalizar semejante desconfianza, no cree en el amor de la muchacha del lugar ni en la bondad del señor cura, ni en la sinceridad del notario, ni en las medicinas del farmacólogo. El barbero tiene la mano suave porque él le paga bien; al Juan Pérez de al lado, vecino pobre, le afeita como si depilase un lechón... Da por dar, pero ya alarga la mano con cierto áspero convencimiento de que sus limosnas duelen y engendran hasta rencores insensatos... Se considera más envidiado de lo que en efecto lo está. Su vida va agriándose. Las dádivas individuales a pobres vergonzantes engendran no más que pereza, ingratitud, hasta odio... Y comienza a cultivar la filantropía: costea la reja para la alcantarilla pública, da el terreno para un hospital de cien camas en un caserío de ochenta vecinos y así va perdiendo el contorno neto del bien sencillo y de la ingenua caridad para derivar en las que considera formas más altas y más útiles... Aspira a ser humanitario y se torna tacaño; empeñado en mitigar las penas del mundo no le regala veinticinco centavos a Juan Pérez, el vecino pobre de al lado, para que se ponga yodoformo en la úlcera que le está comiendo una pierna. Y un buen día cierra para siempre su bolsa porque aunque tarde, ha comprendido que si no se "educa" a aquel pueblo nunca se logrará que le elijan diputado o alcalde... Esta "educación" trae como consecuencia un nuevo "vecindario". El pueblo con sus labriegos de antes no existe.

Pero el rico dominador, tampoco. Se ha hecho incompatible con el nuevo pueblo "educado".

Agosto 29 de 1924

LA ESCUELA DE "DON PANCHITO". UNA LECCION DE GEOGRAFIA DOMESTICA. LAS ISLAS ADYACENTES Y EL ESTRECHO DE SONDA. GEO, ESTO ES: LA TIERRA. PORQUE "EL SEÑOR MAESTRO" SUSPENDIO LA CLASE. HAY QUE QUITAR LOS NIÑOS PRONTO. UNA DEDUCCION QUE PARECE ILOGICA

Fue a vivir a aquel barrio don Panchito Pérez, y no lo pudo escoger peor si él lo hubiese escogido. Pero era el gobierno quien lo ordenaba: le tocaba "poner" la escuela en aquella "circunscripción escolar" —como rezaba la nota pedantesca del director del ramo—; y aunque toda la cuadra tenía unos once chicos colegiables y lo demás se componía de mesones, de rancherías para trajinantes a pie, y para carretas, un ventorro de aperos, alguna casa "de familia" con ventanas de barrotes de palo, esa población sui géneris de las afueras de una ciudad de más de sesenta mil almas, el pobre don Panchito abrió su escuela en la casuca que logró, entre la posada y el callejón...

Ante la curiosidad de los carreteros y de las mozas de arrastre, llegó una mañana la carreta de la mudanza con algunos muebles de "la familia" y otros artefactos docentes: el pizarrón, unos bancos taraceados de tintas multicolores, un pupitre que estaba más negro que el pizarrón mismo... Y la curiosidad subió de punto cuando una señora gorda, repintada, con la boca encendida de bermejo y los brazos regordetes, apulserados y cortos, se metió en la casa, del brazo de un señor lar-

guísimo, flaquéisimo, con la manzana salida por entre los laterales de un cuello de nueve centímetros, almidonados, recto, indomable como el concepto que del deber tenía el pobre don Panchito...

Lo que soportó don Panchito de aquella gente, Dios mío. Las madres llevaban sus rapaces a desburrar y éstos agredían al maestro, o le clavaban en la barriga a las moscas esquivarlas de papel con injurias, o le llenaban de suciedad la gaveta del pupitre, o le falseaban el botón para que cayese desde la altura del magisterio a las baldosas rotas de la sala donde "se daba" la escuela a razón de unos quince pesos por quincena... Si no, una de ellas, en jarras y con la boca llena de las peores groserías, íbase a buscar el "angelito" castigado y le esparaba desde la puerta: ¡Mejor sería que le pusiera más cuidado a su mujer y no maltratara tanto a estos pobres niños!

Pero "don Panchito", hombre recto, pulcro, inquebrantable como su cuello, sabía que esas eran despreciables alusiones de gente soez, de gente "desgraciada" que no ha tenido educación, que no fue a casa de un maestro como él en su infancia. ...Y sonreía de compasión con las orejas un poco subidas de color porque, al fin, don Panchito no era de palo si bien lo pareciera, y ciertas cosas...

La esposa de los brazos apulserados, cortos y gordos se llamaba... Bueno; he olvidado su nombre. Cuando las mujeres entran en esta cofradía puede que se llamen Susana o Pura o Virginia, pero de hecho sólo tienen un nombre, un mote, muy feo, muy "mal educados", que todo el vecindario repetía... Empezaron a quitar "niños" de las comedores que vivían con los carreteros. Sólo algunas familias honradas dejaron los suyos... ¿Acaso no les inspiraba lástima "el escuelero" que no sabía nada y no tenía la culpa de nada, el pobrecito? Además, como la vida de aquel vecindario era tan sin distracciones y los chicos siempre referían que "la señora de don Panchito" había salido "mientras repasaban" historia sagrada o que "el señor maestro" estaba "dando" la fauna de Asia cuando salió la señora de allá dentro en puntillas... Así que dejaron los niños; constituían el único elemento informativo para la comidilla y sobre todo "porque la moral es la moral"...

Una vez ya acercándose a los exámenes, don Panchito le preguntó al granuja hijo de la posadera —chico peludo y triste que siempre tenía reventazones en las orejas—:

—Diga el señor Martínez ¿qué es Geografía?

Y el chico, sin detenerse:

—El arte de conservar la salúuu...!

—Señor Martínez, esa denominación corresponde a la Higiene: está usted castigado: se quedará hasta las seis a darme "volcanes del Asia" e "islas adyacentes al estrecho de Sonda"... ya lo sabe!

Continuó la clase entre una algazara porque el chico masculló una de horrores que "don Panchito" no pudo entender.

Volaron en la barriga de las moscas algunos rabos; y una, gorda y zumbadora, con las patas cortas y pesadas, cayó sobre el pupitre... Iba a llover: los animalitos estaban fastidiosos: posábanse en la nariz del maestro, por las sienes, en lo alto de las orejas agudísimas. Y harto de sufrirlas, exasperado por la presión atmosférica, le dio un manotazo... Quedó el papel, maculado, torcido, ante sus manos. Tuvo pena de haber destruido aquel pequeño "organismo" y trató de concretar su atención en las lecciones: —Viene de "geo", que como sabéis vosotros, quiere decir en griego "tierra", esto es: "la tierra"...—. De súbito alargó la mano al papelillo estrujado, lo abrió un poco más, y mientras los chicos quedaron con el aliento suspenso, leyó ¡oh lo que leyó don Panchito en la pésima ortografía de sus discípulos...!

Cuando alzó los ojos para mirarlos, la voz le temblaba ligeramente, y continuó... "la tierra"; y "grafía" implica, como no habréis olvidado, lo que se escribe, gráfico...

Diez minutos después, declaró sin expresión:

—Se os concede una pequeña vacación hasta mañana a esta hora que volveremos a un repaso general de Geografía, porque no estáis bien fuertes aún. Y cerró el libro.

Los chicos marcháronse asombrados:

—Qué bueno era el maestro, después que “el ñato” Martínez escribió en aquel papel una cosa de su esposa con Cosme, el de la botica, les soltaba así... Y lo más raro ¡al mismo “ñato” le despachaba sin castigo!

—Ese hombre no tiene carácter para educar niños ni para nada!

—¡Es un sinvergüenza! Vea como ni da la escuela con fundamento.

—¡Los niños aprenderán allí cosas malas!

Y de acuerdo las madres de los chicos que aún asistían a la escuela, resolvieron que no fuesen más.

En efecto, no fueron más, ni hubieran ido aunque quisieran: don Panchito, la noche misma, con el cuchillo del pan dejó en la trastienda con la yugular seccionada y le asestó dos cuchilladas tremendas por el rostro a Cosme, el mancebo, quien salió dando alaridos a la calle: —¡Me han matado! ¡Me han matado!

El único entierro fue el de la mujer de don Panchito. El cómplice de “la adúltera” —como denominaba don Panchito a su mujer en las declaraciones— fue más bien “un seducido” que un “seductor”. —La finada —concluyó ante el juez— se metía en su domicilio mientras yo daba la clase... No tengo ningún cargo que hacerle. No me engañó porque nadie está obligado a enseñar al que sabe... Y no había razón especial para que creyese que yo iba a ignorar lo que mis mismos discípulos sabían, de memoria y por escrito...

Le condenaron con cierta piedad egoísta. Apenas libre, fuese al Fiscal de Instrucción Pública:

—¿Qué desea usted, don Panchito?

—Otra escuela...

—¿Pero no en la misma “circunscripción escolar”?

—Si no hay otra...

—¿Pero es que iría usted al mismo barrio?

—¿Por qué no, señor Fiscal, por qué no?...

Se le dio esa, precisamente. Tiene muchos alumnos. Ha ascendido de categoría en el presupuesto escolar. Le quisieron para Jefe Civil del Municipio. Sólo que él no desea sino “dar su escuela”...

¿Habéis leído lo de la revolución china? La gente se ha propuesto en considerar a los chinos como una cosa de papel, pintado, con farolillos, una máscara por rostro y una pelota de laca en el pecho a manera de corazón... Y el día menos pensado les resulta China a los occidentales... un don Panchito! Entre la “decoración china” y el ser chino la gente se empeña en que no hay cosa más fácil de arder y de comunicar un incendio que estos muñecos de papel que parecen rellenos de aserrín y resulta pólvora. Perdonad el cuento en gracia a la moraleja...

Setiembre 9 de 1924